

94. Revolución

Eduardo Gudynas

Palabras clave: revolución, desarrollo, ontología, capitalismo, socialismo

Un cambio revolucionario más allá del desarrollo es una idea cuyo momento ha llegado. Es indispensable a la hora de afrontar la actual crisis social y ambiental; es urgente dado el ritmo acelerado de destrucción del medio ambiente y los medios de vida de la gente; y es inmediato en el sentido de que es posible practicarlo aquí y ahora. Un nuevo significado de revolución debe permitirnos cuestionar radicalmente las bases conceptuales del desarrollo e ir más allá de la modernidad.

El concepto de revolución implica una serie de cambios políticos y culturales sustanciales. Considerando la Revolución Francesa como el ejemplo más conocido, la revolución era entendida como indispensable para romper con un orden injusto y transformar las instituciones y formas de representación política, incluido el tejido social y económico de la sociedad. Con diferentes grados y énfasis, este concepto se utilizó para describir un cambio radical en México, Rusia, China y Cuba, entre otros países.

La idea de revolución también ha sido fundamental para promover las prácticas convencionales de desarrollo. Tal es el caso de las revoluciones industrial, tecnológica, de internet y del consumo. Dichas revoluciones reforzaron las ideas básicas del desarrollo, a la vez que lograban cambios sustanciales en la estructura de la sociedad.

Acontecimientos más recientes trastocan el concepto. En algunas regiones todavía hay movimientos sociales importantes que defienden las concepciones tradicionales de revolución, por ejemplo, como un medio para superar el capitalismo y avanzar hacia el socialismo. En Europa central y oriental, la salida del «socialismo real» se presentó como una revolución, aunque en dirección opuesta, hacia las economías de mercado. Inversamente, las experiencias revolucionarias socialistas, por ejemplo, en China o Vietnam, mantienen ese discurso pero sus estrategias de desarrollo son funcionales al capitalismo. Y aunque las revoluciones islámicas reforzaron las críticas contra el desarrollo, al atacar su eurocentrismo, no dejan de respaldar el crecimiento económico.

Desde principios del siglo XXI, América Latina fue testigo de un giro a la izquierda con varios gobiernos que se describían a sí mismos como

revolucionarios (Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua). Pero adoptaron estilos neodesarrollistas que impulsaron el crecimiento económico a través de la apropiación intensiva de los recursos naturales.

Por lo tanto, nos enfrentamos a una variedad de acontecimientos que han sido descritos como revolucionarios, particularmente respecto a la dimensión política, pero que también influyen sobre los aspectos culturales, económicos y religiosos de la sociedad. En todos estos casos, no obstante, los componentes básicos del desarrollo sobrevivieron, como el crecimiento económico, el consumismo, la apropiación de la naturaleza, la modernización tecnológica y la debilidad democrática. Se da una situación paradójica en la que las revoluciones clásicas (por ejemplo, Rusia o China) y las revoluciones recientes (por ejemplo, el socialismo del siglo XXI en América del Sur), ya fuesen seculares o religiosas, todas gravitaron en torno a la idea de desarrollo. Algunas de estas revoluciones mostraron resultados positivos con respecto a la representación política y a la igualdad social, pero permanecieron atrapadas en fines instrumentales orientados hacia la conquista del Estado (particularmente las versiones leninista, trotskista y maoísta). Todas fallaron en promover alternativas al desarrollo.

Esto podría explicarse por el hecho de que todas las tradiciones políticas modernas comparten el mismo trasfondo. De hecho, la idea de revolución maduró junto con otras categorías de la modernidad, como el Estado, los derechos, la democracia, el progreso y el desarrollo.

La persistencia del desarrollismo ha llevado a muchos activistas y miembros de la academia a desilusionarse con las experiencias revolucionarias, y a argumentar que el concepto ya no es aplicable a las realidades actuales, favoreciendo en cambio un énfasis en las prácticas locales. Sin embargo, esta posición da lugar a un obstáculo importante, puesto que las propuestas a favor de alternativas radicales al desarrollo implican toda una serie de transformaciones revolucionarias.

Dado que todas las variedades actuales de desarrollo son insostenibles, cualquier alternativa radical debe cuestionar sus conceptos compartidos, asentados en la modernidad. El radicalismo que tal esfuerzo implica requiere una práctica y un espíritu revolucionarios. Pero una revolución en el sentido moderno podría fomentar, por ejemplo, un cambio en el régimen del Estado o reemplazar una modalidad de desarrollo por otra. Por lo tanto, se hace necesario crear una nueva interpretación de la idea de revolución, capaz de superar la modernidad y de imaginar una alternativa a su ontología.

Este concepto de revolución conlleva un acto de rebelión ante la modernidad, señalando sus límites y explorando alternativas a ella; requiere

una imaginación innovadora para diseñar y ensayar otras racionalidades y sensibilidades, así como una política más amplia, que involucre a diversos sectores sociales, con sus prácticas y experiencias.

Esta manera de entender la revolución posee similitudes sustanciales con la idea andina de *pachakuti*. *Pachakuti* hace referencia a la disolución del orden cosmológico prevaleciente, a la vez que se instala un estado de desorden que permite el surgimiento de otra cosmovisión. Por lo tanto, una revolución en términos de *pachakuti* no aspira a destruir la modernidad, sino a provocar la desorganización y disolución de sus estructuras, generando así otras interpretaciones y afectos. Implica una significativa recreación.

Las prácticas de este tipo de revolución tienen muchos antecedentes. La experiencia del desorden y la recreación se nutre tanto de ideas racionales (como la evidencia abrumadora de la crisis social y ambiental), como también de experiencias afectivas, artísticas, espirituales y mágicas. Esta revolución no respalda las monoculturas, sino una diversidad de expresiones, es colectiva y requiere una transformación personal, particularmente en la recuperación del valor de la vida (con ejemplos en Mahatma Gandhi o Ivan Illich, el zapatismo o el *buen vivir*). En este sentido, la revolución permite una ruptura con los valores utilitarios, reivindicando múltiples formas de asignar valor (por ejemplo, estético, religioso o ecológico), a la vez que acepta el valor intrínseco del mundo no humano.

Puesto que el desarrollo es un constructo performativo, producido y reproducido constantemente por todos nosotros a través de las prácticas diarias, esta revolución interrumpe esa performatividad, por ejemplo, paralizando la mercantilización de la sociedad y la naturaleza. Estas y otras características de la modernidad se convierten así en desorganizadas, lo que lleva a una consecuencia inevitable y a veces incómoda: una revolución que se aparta tanto del capitalismo como del socialismo.

Las prácticas políticas prefiguradas de esta revolución se entrelazan de forma sinérgica, al tiempo que se difunden por toda la sociedad, se concretan en acciones, afectos y otros modos de hacer política, particularmente a través de la rebeldía intersticial que surge de la dignidad y la autonomía. Es esta una revolución con la coparticipación de actores no humanos, incluidos los animales y otros seres vivientes. Reinterpreta el significado de sociedad (por ejemplo, la posibilidad de un «proletariado animal»).

Este tipo de revolución desorganiza la dualidad entre la sociedad y la naturaleza, al tiempo que permite la recreación de cosmovisiones relacionales (por ejemplo, para reincorporar a la sociedad en la naturaleza y viceversa) y amplía la noción de «sujetos» a los no humanos.

En resumen, mientras la modernidad se presenta como un dominio universal independiente, ocultando sus límites y neutralizando la búsqueda de alternativas, esta revolución desorganiza, expone y fractura los límites de la modernidad al abrirlos a otras ontologías. El acto revolucionario consiste en crear las condiciones que posibiliten nuevas aperturas ontológicas.

Recursos

- HOLLOWAY, J. (2003), *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. Barcelona: Viejo Topo.
- WILLIAMS, R. (1983), «Revolution». En R. Williams, *Keywords*, 270-74. Nueva York: Oxford University Press.

Eduardo Gudynas es investigador sénior en el Centro Latinoamericano de Ecología Social (CLAES) de Montevideo, Uruguay; investigador asociado en la Facultad de Antropología de la Universidad de California, Davis; y asesor de diversas organizaciones de base sudamericanas.